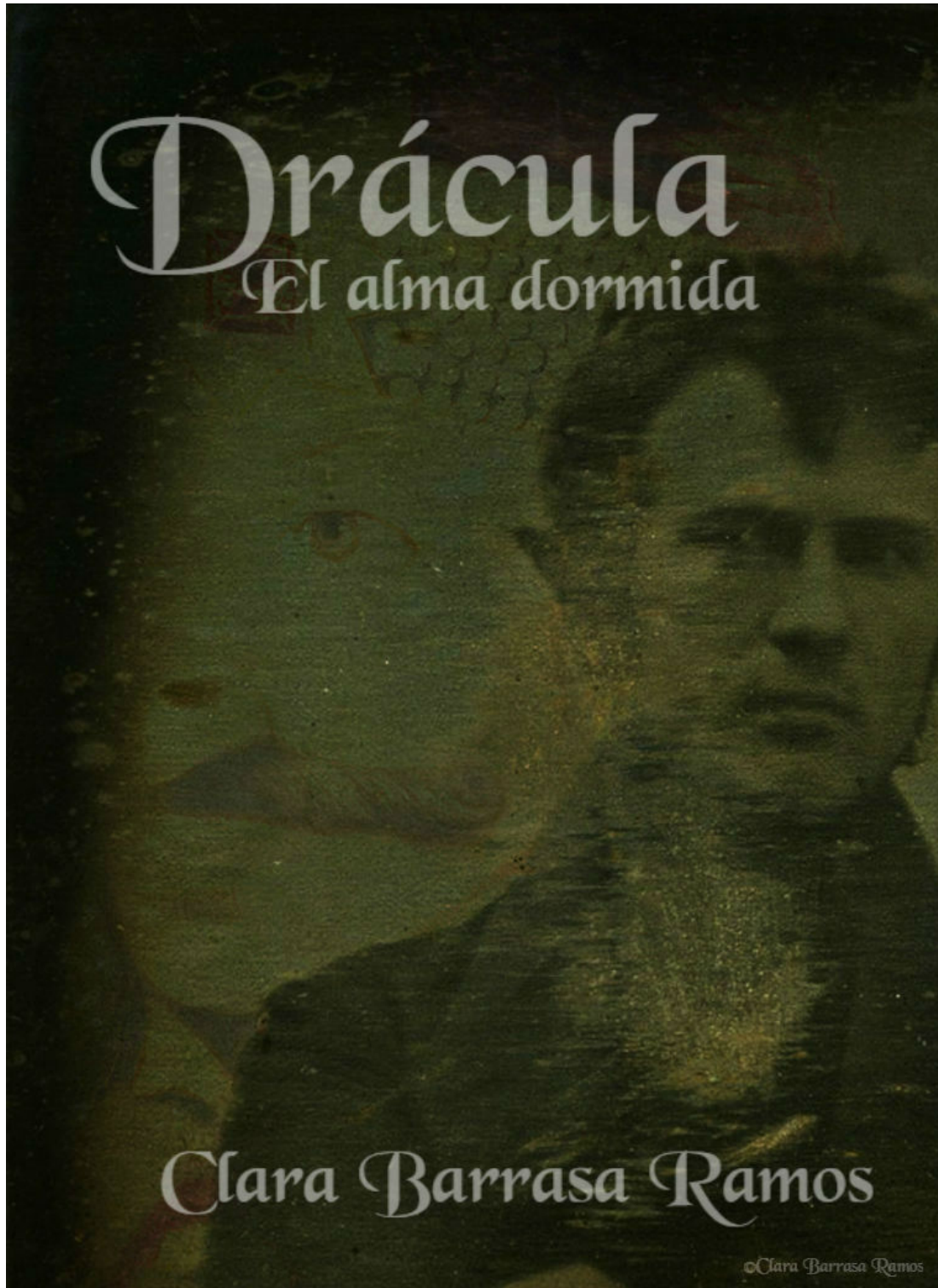


# Drácula: El alma dormida

Clara Barrasa Ramos



# Capítulo 1

*Valaquia, hace más de quinientos años.*

Están todos muertos.

La última noticia que le llega es la de la muerte de Ilona. Su pobre Ilona que aguantó lo indecible para que el turco no invadiera su castillo, se ha suicidado. Éste el único disgusto que su esposa, la mejor de las esposas, le ha dado en todo este tiempo.

Y por la velocidad a la que ha llegado la noticia, debió morir el mismo día que el pobre Ion. Su mejor amigo y su más fiel general, muerto en una incursión contra el enemigo. Apenas pudo reconocer su rostro tan desfigurado.

Incluso para Vlad, con la terrible reputación que tiene, es un golpe demasiado fuerte.

Están todos muertos.

Vlad recorre el campamento. Ya ni siquiera se tapa la nariz frente al hedor de la muerte. Es la única amiga que le queda.

Quizás, en cierta manera, es la única amiga que siempre le ha acompañado, desde que era poco más que un crío, hasta ahora.

Y se los ha llevado a todos.

Su viejo mentor fue el primero en caer. El hombre que cuidó de él como un padre y le devolvió a la normalidad después de volver de Estambul no pudo aguantar este último invierno. Demasiado débil. Demasiado anciano. Murió mientras dormía.

Quizás tuvo la más dulce de las muertes.

Pero no deja de ser dolorosa.

Los siguientes en morir fueron los criados. Su ayuda de cámara y la doncella de Ilona.

Fueron de los primeros en caer víctimas de una epidemia de peste que fue diezmando a toda la población del Castillo, que de normal era bastante numerosa, pero por la invasión turca se había triplicado.

Pero no era sólo dentro del castillo donde las bajas eran ingentes.

El turco les estaba desangrando a base de muertos y prisioneros. Vlad, que tuvo la desgracia de ser de estos últimos hace muchos años, pensaba que, con todo, ese era un destino mucho peor que la muerte.

Gracias a Dios, ese no sería el destino de sus generales más cercanos.

Attila, un joven que vino como parte de la corte de Ilona, pero que pronto se ganó la confianza de Vlad. Muy hábil en batalla y de una gran diplomacia, Vlad siempre le encomendaba las misiones de negociación con el turco.

Incluso cuando poco se podía hacer, Attila conseguía milagros.

Hasta que no se pudo hacer nada más y lo que volvió fue su cadáver decapitado a lomos de su caballo.

Sigismund, su físico personal, un hombre de ciencia que había estudiado en Wittenberg. Él tampoco se rindió.

Estuvo cuidando y curando a los heridos hasta el último aliento. Murió tras varios días sin dormir ni comer, apenas bebiendo lo justo para poder hablar y dar órdenes sin problemas.

Simplemente cayó redondo, y cuando se acercaron a él, descubrieron que no tenía pulso.

Pero sobretodo Ion.

Ion, que para Vlad era más hermano que su propio hermano.

Después de todo, Radu era un traidor que había elegido al enemigo antes que a su propia sangre, mientras que Ion sacrificó todo por Valaquia.

Incluso murió protegiéndole del ataque de un soldado enemigo, al igual que Ilona murió protegiendo el castillo.

Cada vez que pensaba en sus muertes, le dolía el alma y sentía que se pondría a llorar como una anciana plañidera.

Pero no podía hacer eso.

No, si se rendía, eso significaría que todas esas muertes habrían sido en vano.

Y no sólo las de aquellos que Vlad consideraba más cercanos. Las gentes de Valaquia se habían sacrificado por la causa incluso antes de que el

turco llegara.

*(Fueron muertes terribles, pero eran necesarias para insuflar el miedo en el corazón del enemigo. Sirvieron su propósito, o eso quiere pensar Vlad.)*

Pero, ¿lograría Vlad la victoria? ¿O su muerte sería también en vano y Valaquia caería por completo en manos del turco?

Quizás no importaba.

Quizás todo debía acabar ya.

Quizás se merecía el descanso que le proveería la muerte.

Al fin y al cabo, después de tanto tiempo cabalgando a su lado, y de todos los regalos que le había hecho, ella tendrá también que recogerle en sus brazos, aunque fuera sólo por un instante.

Además, ha defendido la Fe frente a la herejía, lo único que le puede esperar tras la muerte es el Cielo, rodeado de aquellos a los que quiso.

¿O quizás no?

Quizás el destino que le espera es el Infierno.

Quizás es verdaderamente el monstruo cuya sola mención aterra a los guerreros más valientes.

Quizás le esperaban las llamas y el castigo eterno, lejos de todos aquellos que le quisieron y a los que quiso.

Lejos de ese Dios por el que ha desangrado su tierra y su alma.

*(¿Realmente lo hizo por Él? ¿Acaso no fue por el orgullo propio? ¿El terror de aquel que se sabe amenazado por las experiencias pasadas?)*

Quizás esté viviendo ya en ese infierno.

Está sólo.

Están todos muertos.

Su viejo maestro, los criados, Attila, Sigismund, Ion, Ilona...

Está sólo.

Ese es su infierno. La soledad del rey, del guerrero, que antes para él era metafórica, pero ahora es una realidad. Una realidad que parece no tener

fin.

Vlad camina entre los cadáveres tras la batalla.

A veces piensa que los entiende mejor que a los vivos, por eso no le importan estos paseos. Incluso está comenzando a apreciarlos.

Ya ni siquiera espera al religioso para que bendiga a los muertos y vaya acompañado del incienso para tapar el hedor que estos desprendían.

El hedor de la sangre, de los cadáveres que comienzan a pudrirse, de la tierra después de que la lluvia lo arrastre todo e impregne el ambiente mucho más de lo que ya estaba.

Ese hedor le resulta ya mucho más familiar y reconfortante que otros, como el perfume de su esposa, el olor de un buen banquete, o que muchas otras cosas que siente que va olvidando.

*Los ojos de Ilona.*

*La risa de Ion.*

*La curiosidad de Sigismund.*

*El ingenio de Attila.*

*La alegría de los criados.*

*La sabiduría de su viejo maestro.*

Todos esos recuerdos se le escapan como un ciervo que intenta evitar que lo capturen.

Vlad está llegando a la terrible conclusión de que puede que los rumores sobre él sean verdad, después de todo:

Es un monstruo, un no-muerto de aquellos que han abandonado a Dios, Nuestro Señor, y cuyo reino se encuentra entre las sombras.

No puede evitar reírse de una forma estruendosa.

Las supersticiones del pueblo son útiles si uno sabe manejarlas, pero siempre hay que tener cuidado, especialmente si uno mismo comienza a creerlas.

Por mucho que se diga, él es un hombre, con sus bondades y maldades, pero un hombre al fin y al cabo. Un hombre que está a punto de perderlo todo, incluso su vida. Si es un monstruo, será porque la Historia lo juzgará

erróneamente como tal, no por supercherías estúpidas.

Vlad se sienta en una roca para observar el amanecer. Nunca ha sido un hombre dado a momentos como éste, pero algo le dice que no tendrá muchas más oportunidades de ver algo así. El Sol naciendo por el horizonte, trayendo un nuevo día, y con él, un nuevo capítulo en esta lucha sin cuartel.

Están todos muertos.

Con suerte, él también lo estará pronto.

-----

©Clara Barrasa Ramos

(Registrado en safecreative)

## Capítulo 2

*Inglaterra, varios siglos después.*

El Doctor John Seward se encontraba ante uno de los casos más extraños de su carrera.

Su nuevo paciente, el Señor Renfield, presentaba un cuadro bastante atípico. En un principio, podría considerarse un caso de personalidad múltiple en el cual sólo una personalidad más se había manifestado y había tomado el control: la del sirviente de un noble del Este de Europa del SXV.

Todavía retenía la capacidad de hablar en inglés, lo cual facilitaba bastante el tratamiento. Pero también había dado lugar a unas revelaciones cuanto menos inquietantes.

Seward puso uno de los rollos de cera en los que había grabado su última sesión en el fonógrafo para reproducir el sonido.

*—Señor Renfield...*

*—Mircea.* —le corrigió el paciente.

*—Mircea, entonces.* —dijo, y luego le preguntó—. *¿Cómo te encuentras hoy?*

A la grabación le seguían cinco minutos del más absoluto de los silencios.

Pasados esos cinco minutos, el paciente volvió a hablar.

*—¿Está seguro de que no recuerda al Amo, Maese Sigismund?*

Esa era otra de las cuestiones. La identidad del paciente no sólo había tomado el control, sino que parecía obsesionado en otorgarle otra a Seward, la del médico personal de aquel que llamaba el Amo.

Podría ser que la identidad estuviera creando un nuevo mundo a su alrededor para lidiar con una experiencia traumática.

Después de todo, según la información que había recibido de los compañeros de trabajo del Señor Renfield, había vuelto recientemente de un viaje de negocios a Rumanía.

*—No se preocupe.* —dijo Renfield, como intentando consolarle—. *Yo era igual. Estaba dormido en esta existencia. Hasta que el Amo me recordó*

*quién era de verdad.*

Por sus palabras se podía deducir otra posibilidad de diagnóstico: había sido absorbido por una especie de secta. No sería el primer caso de este estilo que ha tenido que tratar. El número de sectas estaba creciendo como la espuma con el fin de siglo que se aproximaba y los cambios que seguía trayendo la revolución industrial.

Sin embargo, de ser una secta, está parecía ser una especialmente exótica. Compuesta por sólo dos miembros, y sin ofertas de salvación espiritual más allá de intentar recordar *"la persona que realmente eres"*.

No, de momento Seward se quedaba con la idea de la creación de una personalidad diferente como modo de manejar un trauma. Pero había que llegar a las raíces del problema.

*—Háblame del Amo. —le sugirió—. Quizás así me ayudes a recordarlo.*

*—Oh, pero eso no va a hacer falta. —dijo Renfield, cada vez más seguro de sí mismo.*

Al igual que lo hicieron en la sesión, las palabras de Renfield y, sobretodo, cómo las decía, volvieron a despertar la curiosidad de Seward.

*—¿Por qué crees que no me va a hacer falta, Mircea?*

*—En cuanto le vea, lo sabrá.*

Silencio.

Por las notas, Seward recordó que Renfield se quedó mirándole fijamente.

Se oyó un ruido de pasos, y cadenas tensándose.

Fue, en ese momento, cuando Renfield sonrió, lo que hizo que a Seward, a pesar de toda su experiencia, se le pusiera la piel de gallina.

*—Pero usted ya le ha visto. —la voz de Renfield era como un susurro—. ¿Verdad?*

Recordaba perfectamente el modo en que le miró. Era como si supiera una verdad de la que el propio Seward no era consciente.

Pero lo peor de todo era que, por mucho que se intentara convencer a sí mismo del hecho de que lo que decía el Paciente no eran más que simples fabulaciones de una mente perturbada, Seward tenía la sensación de que había algo de verdad en ellas. Que el Amo no era exclusivamente



producto de la imaginación del Señor Renfield y que, por alguna casualidad, estaba basado en alguien que ambos conocían.

—¿Dónde podría haberlo visto, Mircea?

—En sus sueños. —explicó Renfield, como si fuera la cosa más normal del mundo.

Cierto era que se había comenzado una serie de estudios sobre el sueño y el inconsciente en Austria, pero no recordaba nada de sueños compartidos, así que tendría que consultar a sus colegas de allí.

—¿Tú lo viste también primero en tus sueños, Mircea?

—Fue Renfield el que le vio. —respondió—. Todavía no recordaba. Los sueños le ayudaron a ver que éste no era su cuerpo, sino el mío.

—¿Entonces éste no es tampoco mi cuerpo?

Silencio.

Seward observó las notas. En ellas estaba apuntada una sola palabra subrayada.

ASIENTE.

—Pero hay otros como nosotros. —explicó Renfield—. El Amo los encontrará a todos.

Allí se acababa el rollo de cera. Seward apagó el fonógrafo y se quedó sentado, con la mirada perdida en un punto más allá de su estantería de libros de consulta, como solía hacer cada vez que se quedaba perdido en sus pensamientos.

Sabía que el quid de la cuestión, el nudo gordiano que, una vez cortado desenmañaría el problema del Señor Renfield, era aquel afl que el paciente se refería como el Amo.

Pero, ¿qué era? O, mejor dicho, ¿quién era el Amo? ¿Por qué tenía esa sensación en su cabeza de que lo que decía el Señor Renfield era verdad?

Él conocía también al Amo. No sabía de dónde, pero sí sabía que lo conocía.

Quizás no era con sus colegas austriacos con los que debía establecer contacto, si no con su viejo mentor. Sí, quizás Abraham Van Helsing

podría tener la respuesta a su pregunta.

Sin embargo, contactar con él presentaba un gran problema de por sí. El Doctor Van Helsing era, por así decirlo, un hombre de espíritu inquieto, y las probabilidades de que se encontrara en su Amsterdam natal eran muy bajas.

Eso significaba que, con mucha suerte, tendría la respuesta de Van Helsing dentro de un mes. Pero eso era ser bastante optimista al respecto.

Aún así, le acabaría mandando el mensaje. No importaba lo que tuviera que esperar, encontraría una solución al problema del Señor Renfield.

Pero lo que tenía que hacer ahora era descansar. El día había sido largo y más pacientes le esperarían mañana. Pacientes con sus propios miedos, obsesiones, y pesadillas de la que él les tendría que ayudar a salir.

Y en las que tendría que evitar caer.

-----

©Clara Barrasa Ramos

(Registrado en safecreative)

## Capítulo 3

Mina se había quedado observando un rato a Lucy en silencio.

Tenía la sensación de que algo raro le pasaba a su amiga, por mucho que ésta no quisiera decir nada al respecto. Lucy siempre velaba por el bienestar de otros, hasta el punto en el que a veces se olvidaba de sí misma.

Eso preocupaba mucho a Mina, especialmente teniendo en cuenta el futuro de ambas. Ese futuro incluía su matrimonio con Jonathan y el de Lucy con alguno de sus pretendientes. Aunque Lucy se encargaría de que se vieran prácticamente todos los días, ya no sería lo mismo. Cada una sería la señora de su casa, diferencias aparte, y a pesar de lo poco atrayente que le parecía la idea a Mina. Comenzarían una nueva vida, y Mina no estaba segura de que Lucy estuviera preparada para ello.

Pero poco podía hacer. Esa era la naturaleza de Lucy, una naturaleza bondadosa en un mundo que, por desgracia, no lo era tanto. Por eso, Mina sentía que debía protegerla, y había insistido en conocer en persona a tres de ellos, los tres que parecían más adecuados como posibles maridos para una persona como Lucy.

Fue cuando lo hizo, que Mina comprendió el porqué de las dudas de Lucy. Los tres eran hombres buenos, que la querían y parecían tener los mejores intereses de Lucy en mente. Iba a ser difícil elegir a uno sin hacerle daño a los otros dos.

Aunque, quizás no era eso lo que pasaba por su mente en esos momentos. Mina simplemente sabía que Lucy estaba rara. La razón de porqué lo estaba era lo que se le escapaba.

—¿Un penique por tus pensamientos, querida Mina? —la pregunta de Lucy le sacó de su ensimismamiento.

Mina tenía que reconocer que le resultó un poco embarazoso. Tanto tiempo llevaba pensando en que Lucy estaba rara, que ahora la que estaba rara era ella.

—Nada, simplemente pensaba en el futuro.

Lucy sonrió, como si esa respuesta le hubiera parecido una maravilla. Tenía su labor de costura en el regazo, un bordado muy primoroso con sus iniciales, parte del ajuar de boda. Mina tenía uno también, bastante más sencillo que el de su amiga, porque no tenía los medios, ni tampoco

la habilidad con el bordado que tenía Lucy.

—Eso está muy bien, pensar en el futuro. —dijo Lucy con ternura—. Espero que el tuyo sea un futuro muy bonito al lado de Jonathan.

—Y yo espero que, sea quien sea tu futuro esposo, te trate bien y seáis felices juntos. —respondió Mina, evitando mencionar a Jonathan.

Lo cierto era que estaba preocupada, porque hacía mucho que no recibía noticias de él. Lo último que recibió era una carta de su llegada a la ciudad de Sighișoara, de la cual se disponía a partir el día siguiente para ir a visitar a su nuevo cliente.

Pero de eso ya hacía semanas. Cierto era que el correo en esa zona era un poco lento, pero estaban en el Siglo Diecinueve, no en la Edad Media. Le preocupaba mucho que Jonathan estuviera bien, no ya sólo porque fuera a ser su esposo, eso era secundario, sino porque le quería. Sencilla y llanamente.

—Es curioso, aún así... —musitó Lucy.

—¿Qué es curioso? —preguntó Mina, intrigada.

—Que estamos aquí, pensando en el futuro, y... —Lucy tomó aire, como hacía siempre antes de confesarle algún secreto—. Y yo he tenido sueños que juraría que eran del pasado.

Mina necesitó un momento para comprender lo que su amiga le estaba contando. ¿Sueños del pasado? ¿A qué se refería exactamente con eso? ¿Por qué las palabras de su amiga le habían provocado una reacción tan extraña? Al fin y al cabo, los sueños era sólo eso, sueños. Pero sentía preocupación, y le resultaba raro.

—¿Le has contado esto a alguien más? —le preguntó, en voz baja.

—No, sólo a tí. —respondió Lucy—. No soy estúpida, Mina. Se que si se lo contara a mi madre, por ejemplo, tendría muchas posibilidades de acabar en Broadmoor. Y no quiero hacer eso. Si te lo cuento a tí, es porque confío en tí más que en nadie.

Seguía resultándole un poco extraño, pero Mina asintió. Lucy era la hermana que nunca tuvo, y no iba a traicionar esa confianza que había puesto en ella.

—Y yo guardaré tu secreto, Lucy. —le respondió—. Nada de lo que quieras contarme saldrá de aquí.

Le tomó la mano, intentando animarla. No la presionaría, claro. Si Lucy no quería contar nada, Mina sabía que estaba en su derecho.

Lucy sonrió, aliviada.

—Sabía que podía contar contigo, mi querida Mina.

—Para todo, Lucy. —respondió Mina—. Lo que quieras o necesites que te ayude, yo lo haré. Lo que consideres que debas hacer sólo, yo lo respetaré. Para eso están las amigas, ¿no?

Después de sonreír, Lucy se quedó un momento en silencio, como reflexionando sobre sus futuras palabras, antes de mirar a Mina.

—A lo mejor es una tontería, pero... —comenzó y, tras otro instante, añadió—. He soñado contigo, y con Jonathan. Lord Godalming y el Doctor Seward también aparecían en esos sueños.

—¿Y el Señor Morris? —Mina no pudo evitar preguntar, en parte también para aligerar el ánimo de su amiga.

—No, tonta. —dijo, no pudiendo evitar sonrojarse, aunque luego recuperó el semblante serio—. Pero eso no era lo más extraño de todo.

Mina pensó que quizás todo aquello se debía a los nervios que su futura elección le estaba produciendo a Lucy. Pero no debía juzgar, por muy como hermanas que fueran, ni siquiera ella podía comprender realmente por lo que pasaba Lucy. Quizás, sólo acercarse a ello.

—Lo más extraño era que ya nos conocíamos todos. —Lucy continuó—. Con nombres diferentes. En otro lugar. En un tiempo que parecía ser hace siglos. Pero éramos nosotros. De eso estoy muy segura.

Definitivamente, era extraño. Pero no lo que contaba Lucy, sino el hecho de que a Mina todo aquello no le resultara tan descabellado. Como si ella misma hubiese vivido una situación parecida, aunque no recordara nada de eso.

—¿Recuerdas algo más de esos sueños, Lucy? —Mina no pudo evitar preguntar, a pesar de que se había prometido a sí misma que no lo haría.

Lucy tomó aire, mirando al infinito por un instante como hacía cuando intentaba recordar cosas.

Pero fue el rostro de preocupación con el que la miró lo que hizo que Mina se angustiara.

—Prométeme que no te enfadarás por lo que te voy a decir. —Lucy le pidió.

—Sabes que no lo haría nunca, Lucy.

Más aliviada, Lucy volvió a tomar aire.

—En ese sueño, tú estabas casada con un hombre que no era Jonathan. —le explicó, para sorpresa de Mina—. No, tu marido era un príncipe. Un hombre terrible, que llevaba un dragón grabado en su armadura.

Mina seguía sorprendida por lo de Jonathan cuando recordó algo. Un sueño recurrente que tenía de niña. Montaba en un dragón y ambos sobrevolaban el continente. El dragón le hablaba en un idioma que Mina desconocía, pero que sentía que comprendía perfectamente.

Resultaba extraño que, de repente, ese sueño le hubiera vuelto a la memoria de una forma tan vívida tras lo que le había contado Lucy.

—Lo último que recuerdo de esos sueños es que yo estaba muy enferma. —continuó Lucy—. Tú me cuidabas, a pesar de que todos te decían que también enfermarías.

Eso enterneció a Mina. Fueran lo que fueran esos sueños, que Lucy tuviera tanta Fe en ella era muy bonito.

Fue por eso por lo que la abrazó. Sí, tenía que ser por eso, no por nada más.

—Ya sabes que siempre estaremos juntas, Lucy. Pase lo que pase.

-----

©Clara Barrasa Ramos

(Registrado en safecreative)

## Capítulo 4

Hasta ese momento, Jonathan Harker no había puesto un pie en la región de Transilvania.

Sin embargo, tenía la sensación extraña de que ya había estado allí.

Esa era una sensación que, por mucho que se intentara convencer a sí mismo que era una tontería, le perseguía de una forma insistente.

Era como si hubiera vuelto a casa.

Pero no tenía ni el más mínimo sentido. Él nunca había salido de Inglaterra. Como mucho, había llegado hasta la frontera con Gales. Además, no tenía ni idea del idioma. ¿Por qué tenía esa sensación?

Sin embargo, la gente del lugar parecía prevenirle en contra de ir al Castillo de Bran.

Decían que allí no se aventuraba casi nadie, y los pocos que lo hacían nunca volvían vivos.

Pero los negocios eran los negocios, y si completaba este negocio, recibiría un aumento de sueldo, y eso le vendría muy bien para su futura vida con Mina.

Mina...

A pesar de que Jonathan se consideraba un hombre estoico, y que sabía que, si había una mujer capaz de desenvolverse sola en este mundo, esa era Mina, no podía evitar preocuparse por ella.

También la echaba de menos, pero tenía que pensar que pronto terminaría todo esto, y volverían a estar juntos.

Llevaba ya un par de días en una aldea cercana, a la espera de noticias de su cliente. Se hospedaba en la posada, y aunque los lugareños eran muy hospitalarios, la tónica general era la del silencio.

Quizás eso hizo que Jonathan se impresionara mucho más cuando irrumpió una mujer en la posada mientras él cenaba.

Parecía muy angustiada, hablando atropelladamente, de una forma ahogada, y entre lágrimas.

Mientras otros intentaban que la mujer se calmara, Jonathan se acercó al

dueño de la posada, que observaba la escena con rostro circunspecto.

—¿Qué ha ocurrido?

—Su niño. —le explicó en un inglés con un acento muy marcado—. No está.

—¿No está? —Jonathan preguntó, intentando ver si lograba sacar algo más—. ¿Está muerto?

El posadero negó con la cabeza.

—No está. —repitió—. La madre cree que lo tienen en el castillo.

Así que el pobre niño había desaparecido y la madre creía que lo tenían secuestrado.

Jonathan no sabía si tomarlo como una simple superstición, al igual que las otras supuestas desapariciones.

Pero el dolor que veía en el rostro de la pobre madre le decía que algo, por lo menos, tenía que haber de verdad en todo esto.

—No se puede hacer nada. —sentenció el posadero—. Ella cree que sí. Los otros intentan convencerla. No debe ir al castillo.

Jonathan no tenía demasiado claro si esa frase iba para la madre o para él.

Observó a la madre otra vez, más detenidamente.

Sabía que no la había visto antes. Sus caminos no se habían cruzado en los dos días que llevaba en la aldea.

Entonces, ¿Por qué volvía a tener esa sensación? Esa que ahora le estaba diciendo que conocía a esa mujer. Que esto ya había pasado, y que había tenido un final terrible.

Pero era un sinsentido.

Sí, tenía que ser que, simplemente, se le estaba contagiando la histeria supersticiosa de los lugareños. Lo más seguro era que el pobre niño hubiera sido tomado por un lobo en un descuido de su madre.

Aunque fuera un hecho triste de por sí, poco o nada tenía que ver con su cliente. O, por lo menos, eso quería creer.



—¿Usted sigue queriendo ir? —el posadero le preguntó a Jonathan, despertándole de su ensimismamiento.

—No es lo que quiero. —Jonathan admitió—. Pero es lo que debo hacer.

Realmente, lo que quisiera, poco importaba. Tenía que cumplir con esta misión que le había sido encomendada tras lo que pasó con el pobre Señor Renfield.

Esperaba que este se encontrara mejor. Jonathan lo recordaba como un tipo muy cordial, especialmente cuando entró en la empresa. Pero la visita a este cliente parecía haberle cambiado. Lo último que supo de él era que se encontraba en un sanatorio de aguas termales en Bath. Ojalá eso le sirviera para recuperar el espíritu.

Ojalá Jonathan no perdiera el suyo.

Uno de los hombres se acercó al posadero con expresión horrorizada. Intercambiaron unas palabras en su idioma, y el posadero pareció contagiarse del terror del hombre.

Exclamó algo, casi como si fuera una orden, y el otro hombre fue a ayudar a retener a la mujer, que parecía fuera de sí.

—¿Qué sucede? —preguntó Jonathan.

—Se va para el castillo. —le explicó el posadero, todavía en estado de shock—. En plena noche...

Jonathan sabía que tenía que buscar un modo de calmar los ánimos. Por suerte, había tenido una idea.

—Dígale que, si quiere, puede venir conmigo. —le dijo al posadero—. Me imagino que mi cliente me enviará noticias pronto.

Así la pobre mujer tendría al menos una respuesta, aunque fuera una negativa.

El posadero, que no parecía muy convencido, fue a hablar con la mujer.

Tras el parlamento de este, que a Jonathan le había parecido extraordinariamente largo, la mujer le observó en silencio.

Había algo en sus ojos, como una especie de furia entremezclada con tristeza, que a Jonathan le puso los pelos de punta.

Era la mirada de alguien que sabía que iba a morir.

La mujer escupió al suelo, y se logró zafar de aquellos que la sujetaban.

Antes de salir, dijo unas palabras, con su mirada fija en Jonathan. Cuando terminó, dio un portazo.

El posadero miró a Jonathan y, anticipando su pregunta, dijo:

—Ha dicho que no quiere la ayuda de alguien que hace tratos con el Demonio. —le explicó—. Que va a acabar con él y a recuperar a su hijo ella sola.

Aunque decidió que no quería seguir preocupándose, la mente de Jonathan volvía cada rato a esa mujer que le causaba tanta pena como admiración.

Era una mujer muy valiente, quizás porque eso lo daba el tener a alguien que proteger.

Pero estos bosques no eran seguros, no ya solo por las bestias que los poblaban. Estaban en una zona montañosa y escarpada. Un simple paso en falso, y caería hacia su muerte.

Si ya podía pasar de día, las posibilidades era mucho más grandes de noche.

Esa pobre mujer seguramente no llegaría ni al castillo.

Sin embargo, Jonathan tenía que admitir que él hubiera hecho lo mismo si la que hubiera desaparecido fuera Mina. Si a Mina le pasara algo, Jonathan removería cielo y tierra por ella.

Por eso, y a pesar de que sabía que no tenía apenas posibilidades, Jonathan esperaba que la mujer lo consiguiera.

No podía dormir. Se estaba pasando toda la noche de un lado al otro de la habitación,

Tenía todo preparado por si recibía noticias. No podía hacer esperar a este cliente, especialmente considerando lo que pasó con el Señor Renfield.

Todo tenía que salir bien.

La mujer recuperaría a su hijo.

Jonathan completaría esa venta.

Volvería con Mina.

Se casarían y tendrían una vida tranquila.

Todo saldría bien.

Unos golpes en la puerta de su habitación le devolvieron a la realidad.

El posadero abrió la puerta.

—Señor Harker, hay un carruaje esperándole.

Jonathan respiró, aliviado,

Todo iba a salir bien.

-----

©Clara Barrasa Ramos

(Registrado en safecreative)